

por leyes en que no tiene parte alguna la intervencion personal de seres superiores: el ateísmo.

Así: ¡gloria á nuestra fé! ¡confirmacion la mas patente que haya recibido jamás! Hállanse Dios y JESUS de tal suerte ligados juntamente uno á otro en el entendimiento, y en la verdad, que para negar que JESUS sea Dios, es preciso suprimir á Dios; es preciso atacarle en JESUS como en sí mismo. Es forzoso atacar al HIJO en el PADRE, y al PADRE en el HIJO; tan cierto es, segun la táctica curiosa del error, esta gran palabra ya citada de JESUS:—«EL PADRE está en mí y yo en el PADRE; yo y el Padre somos una misma cosa (1).»

Jesucristo es, pues, Dios, si es que hay un Dios; puesto que el único principio de donde se hace derivar su negacion es la de Dios mismo. No hay, pues, lugar para el deísmo entre la fé en Jesucristo y la fé en Dios; hasta tal punto se penetran y se confunden estos dos objetos de la fé, no digo en el culto de los creyentes, sino en la guerra de los impíos.

“¿Creeis en Dios?—dice M. Proudhon,—si la afirmativa, sois cristiano, católico..... si la negativa, atreveos á decirlo; porque entonces, declarais la guerra, no solamente á la Iglesia, sino á la fé del género humano. Entre estas dos alternativas, solo hay lugar para la ignorancia ó la mala fé (2).

“Jamás hubiera contradicho la autoridad de la Iglesia, si yo admitiera lo sobrenatural; antes me hubiera postrado ante una fé tan antigua, fruto de la elaboracion mas sabia y mas prolongada de que ha dado ejemplo el ingenio humano (3).

“¡Oh! ¡el Cristianismo es sublime, sublime en la magestad de su dogma y en el enlace de sus deducciones! Jamás se concibió ni organizó entre los hombres pensamiento mas elevado, ni sistema mas vasto. Y yo juro aquí que si llega la Iglesia á destruir la tésis (antítesis) que yo le opongo, abjuro mi filosofía y muero en sus brazos (4).

“Si reconocéis un Ser Suprême, ¡de rodillas ante el Crucificado [5]!” Admitido Dios, es preciso proclamar que JESUCRISTO es Dios, que el cristianismo es la religion verdadera, que el catolicismo es su foco conservador. No hay otra razon para no ser verdaderamente católico que ser ateo, que eliminar lo sobrenatural, lo absoluto, Dios: así como no hay otro medio práctico de negar á Dios que negar á JESUS, á CRISTO á DIOS CON NOSOTROS.

Esta es la empresa de nuestros nuevos Titanes que escalan el cielo y la conciencia humana para arrancar de él á Dios; amontonando la negacion de JESUCRISTO sobre la de Dios, y la de Dios sobre la de JESUCRISTO, y solo consiguen con estas dos reciprocas negaciones afirmar y confirmar estas dos verdades una con la otra, y rodar al peso de sus propios argumentos.

JESUCRISTO no es solamente Dios para los que creen en Dios, sino que prueba que lo es, aun respecto de los mismos que no creen en él.

(1) Porque aunque el PADRE y el HIJO son dos personas divinas, son un solo Dios.

(2) De la justicia en la Revolucion y en la Iglesia t. I, p. 38.

(3) De la justicia en la Revolucion y en la Iglesia, t. I.

(4) Ibid., p. 164.

(5) Ibid., t. II, p. 207.

Esto es lo que vamos á ver por medio de M. Renan en los capítulos siguientes.

CAPITULO VI.

LAS PROFECÍAS.

En efecto, principiando por esta primer prueba de nuestra fé, las profecías, consideradas en todos los caracteres que presentan, son cosas sobrenaturales y milagros de primera clase. Si se hallan bien demostradas, prueban, pues, un poder sobrenatural y su intervencion en el mundo para atestiguar en JESUCRISTO.

Ya he desarrollado esta prueba en un extenso capítulo del cuarto volumen de mis *Estudios*. No intento reproducir aquí este trabajo. Solamente me permitiré remitir allá al lector que desee convencerse de uno de los asuntos mas grandes y mas dignos de él.

Supuesto este trabajo, solo me propongo mostrar la confirmacion que recibe en la *Vida de Jesus* de M. Renan, confirmacion, en mi concepto decisiva, y despues de la cual no hay cuestion.

Esto no es decir que hubiera cuestion sería hasta el dia sobre el valor de las profecías, sino que habiendo negado la incredulidad esta prueba, lo mismo que todas las demas, habia eludido su fuerza. Hoy que se decide, en fin, á abandonar este papel por demasiado insignificante y gastado, arriesgándose á entrar en el terreno positivo de la explicacion, cae fatalmente en una confesion, de la que trata de librarse de un modo ridiculo, segun vamos á ver.

I.

Nuestros adversarios están conformes con nosotros desde luego en este punto capital: que cuando reúne una profecía todas las condiciones de tal, es un hecho sobrenatural y equivale al mayor milagro.

M. Havet lo dice expresamente: “M. Renan borra de la *Vida de Jesus* toda profecía, todo milagro, en una palabra, todo lo maravilloso (1). De suerte que coloca en la misma línea la profecía, el milagro, lo maravilloso.

“El ortodoxo, dice tambien M. Renan, no necesita probar el milagro; se contenta solamente con no verse ó no creerse obligado á negarlo. Un ejemplo hará esto mas perceptible. El crítico abre un Evangelio y encuentra en él la prediccion precisa y circunstanciada de la toma de Jerusalem y

[1] Revista de ambos Mundos de 1.º de Agosto de 1863, pág. 63.

“de la ruina del templo. Y en seguida deduce de aquí y sin preguntar “mas, que este libro, ó por lo menos este pasaje, se escribió despues de “acontecimiento á que se refiere, lo cual tiene por justificado, á menos que “se le presente prueba en contrario (1).”

Así, es tal el carácter sobrenatural y milagroso de la profecía para el incrédulo, que cuando se presenta en un libro, deduce de este solo hecho que este libro fué escrito despues del acontecimiento.

M. Havet alude aquí al Evangelio de San Lucas y á lo que dice M. Renan respecto de la profecía sobre la ruina de Jerusalem que hace Jesucristo en este Evangelio.

En efecto, M. Renan, de quien es aquí un mero eco M. Havet, profesa y practica la misma doctrina que reconoce en una profecía bien caracterizada un testimonio sobrenatural.

Deduce de la profecía de JESUCRISTO, referida en el capítulo XXI de San Lucas, que puede fijarse con mucha precision la fecha de este Evangelio y que de seguro fué escrito despues del sitio de Jerusalem; é insiste en ello por cuatro veces en su obra: tan perentoria y decisiva le parece esta razon (2).

Y nótese cuán preciso le es que lo sea, para prevalecer sola contra todas las razones que asignan al Evangelio de San Lucas una fecha anterior (3). Nótese tambien, que en esta fecha anterior al acontecimiento, la profecía de Jesus, prodigiosa seguramente, lo es menos no obstante, en cuanto á la anterioridad, que las demas profecías. ¡Cuán sobrenatural debe ser, pues, el carácter que tienen estas!

Así relativamente á una de ellas, la de Daniel, en la parte concerniente á las revoluciones de los imperios, no vacila M. Renan en hacerla descender con posterioridad á los acontecimientos de que habla, al tiempo de Antioco Epifanes, por la principal razon de hallarse claro y determinado en ella el anuncio de estos acontecimientos (4). Y llega hasta á llamar á esta profecía, por este motivo, una falsificacion (5).

Así pues, el autor de la *Vida de Jesus* y M. Havet, profesan que la profecía pertenece á la clase ú orden del milagro.

Séame permitido demostrar hasta qué punto tienen razon, recordando una página en que yo mismo he expuesto esta verdad.

“Es tal, decia yo, la fuerza de las profecías, en concepto de quien examina atentamente su antigüedad, su número, su repeticion, su precision y exactitud con los acontecimientos á que se refieren, que puede decirse que el milagro que ponen en evidencia es tan grande como el de la resurreccion de un muerto. Devolver la vida á quien no existe ya, no supone mas poder que predecirla en quien no existe todavía, cuando la predicion es de tal suer-

(1) *Ibid*, pág. 570.

(2) *Vida de Jesus*, p. XVII, XXXIX, XLI, y p. 418.

(3) Véase la obra *Ladner's Credibility of the Gospel's history*, part. II.

(4) *Vida de Jesus*, introduccion, p. xi.

(5) *Ibid*, p. 253.

te anterior, tan lejana, tan circunstanciada y puntual, que solo el Autor de la vida, puede haber confiado el secreto de su cumplimiento. El poder de *predecir* se confunde en tal caso con el de *producir*, del que es una derivacion. El tiempo opone á las investigaciones del hombre un velo tan espeso y un silencio tan mudo como la muerte: son dos abismos igualmente cerrados: son como las dos manos de Dios, con las cuales da el ser ó lo retira. Solo él puede abrirlas y descubrir lo que solo él puede hacer.—No se diga que la prevision del hombre y el cálculo de las conjeturas pueden á veces adivinar algo. Esto no es exacto sino cuando el suceso futuro se refiere por algun punto al suceso presente y entra en las leyes generales, bajo las cuales nos hallamos colocados, porque entonces no es propiamente futuro este suceso, puesto que existe ya en el momento presente como en su germen; solo se trata de desprenderlo de él, de la misma manera que la medicina puede detener la vida en un cuerpo que esta no abandonó aun enteramente y en alguno de cuyos órganos reside todavía. Pero cuando no existe en él absolutamente la vida; cuando se halla de tal suerte sepultada en el tiempo ó en la muerte, que no subsiste ningun principio ni relacion de ella en lo presente; cuando es su objeto tan singular é individual que escapa á toda induccion sacada de las leyes generales, y finalmente, se halla arrojado lejos de toda posibilidad conjetural en las profundidades del porvenir, entonces la predicion es un verdadero prodigio y el poder de profetizar, de *suscitar* en cierta manera el suceso, es absolutamente igual al de *resucitar*. ¿Qué será, pues, cuando el suceso no es solamente lejano y extraño á toda relacion con las leyes generales, sino contrario á estas leyes, contrario hasta á las leyes naturales, una concepcion, un fenómeno, un prodigio? Si profetizar es un prodigio, ¿qué será profetizar prodigios? [1].

Tales son, pues, deciamos, nuestras profecías. Despues de esto, las desarrollábamos.

Debiamos esperar que M. Renan contestase á esta segunda parte de nuestra demostracion, tanto mas, cuanto que se hallaba de acuerdo con nosotros sobre la primera. Reconociendo el carácter sobrenatural de la profecía, debía contradecir su existencia, á no pasarse enteramente á nuestro campo. Así es que ha combatido la existencia de las dos profecías que he mencionado mas arriba: la de la profecía de la ruina de Jerusalem hecha por JESUCRISTO en San Lucas, y la de la revolucion de los imperios hecha por Daniel.

Pero ¿quien lo creería? exceptuando estas profecías (y aun insiste sobre la negacion de la primera) confiesa todas las demas, ¡tan bien consignadas y demostradas se hallan y tan incontestables son! ¡hasta tal punto, en cuanto ha querido salir del vacío de la negacion, para poner el pié en el terreno positivo de la historia, las ha visto levantarse ante él y envolverle con su realidad, abrumarle con su certidumbre y deslumbrarle é inundarle con su claridad!

Y así, no las refiere y las expone una sola vez y como de paso, sino extensa y determinadamente y en términos que no dejan nada que desear.

(1) *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo*, t. IV. p. 159.

Vamos á cederle la palabra, limitándonos á apuntarle por medio de citas en notas, con los textos á que él mismo nos remite.

“La raza semítica dice, es la que tiene la gloria de haber hecho la religión de la humanidad. Mucho más allá de los confines de la historia, debajo de su tienda que permaneció pura de los desórdenes de un mundo ya corrompido, preparaba la fé del mundo el patriarca beduino [1]. De todas las tribus de los semitas nómadas, la de Beni-Israel estaba ya designada para inmensos destinos (2). Una ley ó *Thora*, escrita de muy antiguo en tablas que atribuían á su gran libertador Moisés, era ya el código del Monoteísmo, y encerraba, comparada con las instituciones del Egipto y de la Caldea, poderosos gérmenes de igualdad social y de moralidad.” M. Renan menciona en seguida la institucion del Arca y del sacerdocio. “No provino, sin embargo, de aquí la institucion que decidió del porvenir. Además de sus sacerdotes cada tribu nómada tenía su *nabi* ó profeta, especie de oráculo viviente, á quien se consultaba para la solución de las cuestiones oscuras que suponían gran penetración. Los *nabi* de Israel fueron los verdaderos instrumentos de la primacia religiosa del pueblo judío. Anunciaron de muy temprano esperanzas ilimitadas. Proclamaron que le estaba reservado un reino sin límites, que un día sería Jerusalén la capital del mundo entero y que se haría judío el género humano. Aparecieronseles Jerusalén y su templo como una ciudad colocada en la cima de una montaña hacia la que debían correr todos los pueblos, como un oráculo de donde debía salir la ley universal, como el centro de un reino ideal, donde el género humano, pacificado por Israel, hallaría las delicias del Eden (3). Un sueño gigantesco perseguía hacia siglos al pueblo judío, que creyó poseer las promesas divinas de un porvenir sin límites. Antes del cautiverio, cuando se disipó todo el porvenir terrestre de la nación por medio de la separacion de las tribus del Norte, se soñó en la restauracion de la casa de David, en la reconciliacion de las dos fracciones del pueblo, en el triunfo de

(1) El Señor Dios dijo á Abraham: *Haré salir de tí un gran pueblo; y todos los linajes de la tierra serán benditos en el que saldrá de tí* Genes., cap. XII, v. 3 y cap. XXII, v. 18.

(2) “Entonces Jacob [que en su lucha con el ángel, recibió el nombre de *Israel*] llamó á sus hijos y les dijo: Reuníos todos para que os anuncie lo que debe acontecer en los últimos días. No será quitado de Judá el cetro, y habrá siempre gefes de su raza, hasta que venga el que ha de ser enviado, y será la *espectacion de las gentes*. (Genes., cap. XLIX, v. 8, 9 y 10.) Esperare al *salvador que habeis de enviar, Señor*. (Genes., cap. XLIX, v. 18.) Durarán mis bendiciones hasta que haya venido el deseado de los collados eternos. [Genes., cap. XLIX, v. 26.]

(3) *Vida de Jesus*, p. 5, 6, 7 y 8. “En los últimos tiempos se elevará sobre collados la casa del Señor y *astuirán á ella todas las naciones*. Y la *multitud de los pueblos* irán á ella diciendo: Venid y mostraos en la montaña del Señor y en la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará las vías, y marcharemos por sus senderos porque la ley saldrá de Sion, y la palabra del Señor, de Jerusalén.” [Isaías, cap. II.]

“la teocracia y del culto de Jehovah sobre los cultos idólatras. En la época del cautiverio un poeta henchido de armonía, vió el esplendor de una Jerusalén futura, de que habian de ser tributarios los pueblos y las islas remotas, con tan suaves y delicados colores, que parecia haberla penetrado, á distancia de diez siglos, un rayo de las miradas de Jesucristo (1).”

M. Renan expone en seguida aquel famoso capitulo LIII de Isaías en que traza el profeta un retrato tan prodigiosamente parecido á *Jesus*, considerado bajo su doble carácter de padecimiento y de gloria, que le ha valido la calificación de *el quinto Evangelista*.

“Hanse oído ya acentos desconocidos, dice M. Renan, para exaltar el

(1) *Vida de Jesus*, p. 49 y 50.

“Los ojos soberbios del hombre serán humillados y será abolida la altivez de los grandes, y solo el Señor aparecerá grande en aquel día, y la idolatría será enteramente destruida. (Isaías, cap. II, v. 11, 17 y 18.) Desde donde nace el Sol hasta donde se pone, *mi nombre será grande entre las naciones*, y en todo lugar se sacrificará y ofrecerá en mi nombre una hostia pura. (Malaq., cap. 1, v. 11.) Escuchadme vosotros que sois mi pueblo, porque la ley saldrá de mí y mi justicia será establecida para luz de los pueblos.—Vendrá un día en que diré: *vedme aquí presente á mi que hablé en otro tiempo*. El Señor ha hecho ver su brazo á los ojos de todas las naciones, y todas las regiones de la tierra verán al salvador que debe enviar nuestro Dios. El rociará muchas gentes; y los reyes permanecerán ante él en silencio, porque aquellos á quienes no fué anunciado le verán y los que no habian oído hablar de él, le contemplarán. (Isaías, cap. LI, v. 4 y cap. LIII, v. 6 y 14.)—Envía Señor, el cordero dominador de la tierra. (Isaías, cap. XVI, v. 1.)—Por Sion no callaré hasta que salga su Justo como un resplandor.—Y verán las gentes á tu Justo y todos los reyes de la tierra verán á tu inclito (ó príncipe deslumbrador de gloria) y te será puesto un nombre nuevo. (Isaías, cap. LVII, v. 1 y 2.)—Cielos enviad rocío de lo alto y las nubes lluevan al Justo; ábrase la tierra y brote al salvador. [Isaías, cap. XLV.]

“Hé aquí lo que dice el Señor que crió los cielos, el Dios que crió la tierra: Yo no he hablado en oculto. Yo soy quien anuncie desde el principio lo que no debe acontecer hasta el fin. (Modo de caracterizar la profecía que se manifiesta frecuentemente.) Yo he jurado por mí mismo que toda rodilla se doblará ante mí, y que toda lengua jurará por mi nombre. Todas mis resoluciones son inmutables, y toda mi voluntad será ejecutada. Lo he dicho y lo haré; formé el designio y lo realizaré [admirable carácter de resolucion!] Próximo se haya el tiempo de enviar mi justicia, no la diferiré y no tardará ya el salvador que he de enviar. [Isaías, cap. XLV y XLVI.] Cercano está el justo que debo enviar; el salvador que he prometido va á aparecer, y mi brazo hará justicia á las naciones. (Isaías, cap. LI.) Un poco tiempo aún, y yo conmoveré el cielo y la tierra y el mar, y todo el universo; y moveré todas las gentes, y vendrá el deseado de todas las naciones. (Aggeo, cap. II, v. 7 y 8.)”

Concibese, que en vista de tales textos, cuya autenticidad nos garantizan los judíos; de la traduccion de los setenta, la letra, y las paráfrasis caldaicas, el sentido, haya tenido M. Renan que condenarse á sí mismo.—Y cuidado que esto es solo una pequeña parte de nuestras profecías. M. Renan ha evitado hablar de aquellas en que se presenta en los términos mas enérgicos, la reprobacion de los judíos como concomitante á la vocacion de los gentiles. Ha eludido ó no ha dicho mas que una

“martirio y celebrar el poder del hombre de dolor.—A propósito (1) de alguno de estos sublimes pacientes, que como Jeremías, tenían con su sangre las calles de Jerusalem, compuso un inspirado, un cántico sobre los padecimientos y el triunfo del servidor de Dios, en el que parece haberse concentrado toda la fuerza profética del gran genio de Israel.—*Elévase como un débil arbusto* [2]; como un tallo nuevo que se alza de una tierra árida; y no tenía gracia ni belleza.—Abrumado de oprobios, abandonado de los hombres, todos volvían de él su rostro: cubierto de ignominia, era tenido por nada. Y es que se había cargado con nuestros padecimientos y había tomado sobre sí nuestros dolores. Parecía un hombre herido por Dios, y señalado ó tocado de su mano. Cubriéronle de heridas nuestros crímenes, y destrozáronle nuestras iniquidades: el castigo que nos ha valido el perdón, ha pesado sobre él, y sus cardenales han sido nuestra curación. Nosotros éramos un rebaño errante, cada cual se había extraviado y Jehová descargó sobre él la iniquidad de todos nosotros. Abrumado, humillado, no desplegó los labios (3); dejóse llevar á la inmolación como un cordero; como una oveja silenciosa ante el que la trasquila, no abrió la boca [4]. Considérase su sepulcro como el de un delincuente, y su muerte como la de un impío (5). Pero en el momento en que haya ofrecido su vida, verá nacer una posteridad numerosa y serán favorecidas las miras de Jehová en su mano [6].

palabra equívoca de la admirable é incontestable profecía *Ecce Virgo concipiet*, etc., etc. Véanse sobre esto nuestros *Estudios*.

[1]—Nos reservamos hacernos cargo de este á propósito, así como sobre el genio de Israel, que termina esta frase, únicos atenuantes que M. Renan ha tratado de oponer á la fuerza abrumadora de esta prodigiosa profecía.

(2) El texto dice: *se elevará, ascendet*. M. Renan expone toda esta profecía en tiempo pasado, excepto su final; pero la verdad es que se refiere ya á lo futuro, ya á lo pasado, ya á lo presente, que es el verdadero carácter de la profecía cristiana, por la doble razón de que todos los tiempos son indiferentes para la luz de Dios y que los efectos de la expiación de Cristo han refluído sobre todos los tiempos *Agnus occisus est ab origine mundi*. Es también notable, en esta maravillosa profecía, que todo cuanto se dice de los padecimientos expiatorios del Salvador está en tiempo pasado, y que todo lo que se refiere á su triunfo evangélico, está en futuro.

(3) *Si fué ofrecido*, dice aquí la profecía, *es porque quiso serlo*.

(4) “Murió en angustias, *habiendo sido condenado por jueces*.” Otro rasgo que se omite muy importante (Isaías, LIII, 8).

(5) Pero tendrá el premio de estos padecimientos y será lleno de él y *justificará gran número de hombres con el conocimiento que tendrán de él*, habiendo llevado sobre sí los pecados de ellos.—“El Señor le dará por su porción á muchos, porque él mismo fué entregado á la muerte; y con los *malvados fué contado*, y él cargó con los pecados de todos y *rogó por los transgresores*.” (Isaías, cap. LIII, v. 11 y 12).—¿Concíbase, después de tales profecías que llegan en Daniel á la precisión cronológica del sacrificio de la cruz, que venga á decirnos M. Scherer: “Lo cierto es, que el Antiguo Testamento no contiene una palabra relativa á un Mesías que padece, muere y expía los pecados?”

(1) *Vida de Jesus*, pág. 58.

Tiene razón M. Renan en ver *toda la fuerza profética concentrada en este ECCE HOMO* que presenta Isaías ochocientos años antes que lo fué por Poncio Pilatos. Seguramente es esto prodigioso y sobrenatural. M. Renan que niega que las profecías de Daniel fueran escritas durante el cautiverio, por anunciarse en ellas los acontecimientos relativos á la revolución de los imperios de un modo claro y determinado [1] (razón que le abruma en las demás profecías que reconoce), confiesa, no obstante, que aparecieron bajo el reinado de Antioco Epifanes, ciento sesenta y cinco años antes de Jesucristo (2).

También reconoce su valor en lo relativo al Mesías,

El “libro de Daniel,” dice, apareció durante las persecuciones de Antioco Epifanes, produciendo el efecto de un renacimiento del profetismo,

“Y á los impíos dará por su sepultura y al rico por su muerte.” (Isaías, cap. LIII, 9). Admirable rasgo profético de la circunstancia evangélica de José de Arimatea, hombre rico, *homo dives*, que obtuvo de Pilato el cuerpo de Jesus, y lo puso en *un sepulcro nuevo que había hecho abrir para él en una roca* [Marc., XV, 46]. Este sepulcro profetizado glorioso. *Et erit sepulchrum ejus gloriosum*. (Is., XI, 10).

(1) *Vida de Jesus*. Introducción, p. XI.

(2) M. Renan, tanto en esta negación como en esta confesión, solo es un eco de Porfirio, sin tener en cuenta las refutaciones antiguas y modernas que confundieron á este escritor. Pero es favorable esta negación en cuanto que señala la medida de su confesión. Ya lo hacíamos notar nosotros hace veinte años, en nuestros *Estudios*: “Las profecías de Daniel sobre este pasaje de Jesucristo, se nos ofrecen con dos garantías decisivas: La primera es la confesión forzada del pagano Porfirio, que en la fuerza de su prevención, interesada en prescindir de la primera profecía de Daniel relativa al reinado de Antioco Epifanes (tan bien justificada por los sucesos, que *mas parece haber referido cosas pasadas*, dice él, que *describio acontecimientos futuros*), se atrevió á alegar, sin sombra de prueba, que el libro de Daniel fué escrito por un desconocido, durante el reinado de aquel príncipe. [Porphyr apud Hieronym. *praefat in Daniel*]. Desmentido y confundido al momento por los judíos, su imputación carece de importancia, pero quedó subsistente su huella para manifestar el mas alto punto á que había osado llegar la incredulidad respecto de las profecías, y en justificación de las otras dos de Daniel sobre Jesucristo, que aquel insensato ataque dejó subsistentes con una anterioridad muy bastante aunque no completa; ataque semejante á esas crecidas de los rios que cubren por un momento los machones de un puente sin llegar hasta sus arcos, y cuya impotencia y pasajera furia solo sirve para acreditar la prudencia del arquitecto que supo prever este caso y arrostrarlo.

“La segunda garantía, decíamos, está en la siguiente declaración del historiador judío Josefo: “Todas estas desgracias, dice, cayeron sobre nuestra nación durante el reinado de Antioco, como había predicho Daniel *MUCHO TIEMPO ANTES*—habló también del poder de los romanos y de su imperio,—y predijo los males que debían abrumar á nuestra nación.—Aun se ven en nuestras asambleas todos los escritos “que nos ha dejado Daniel (*Antiq. Judaicae*, lib. X. cap. XII.) Todos estos escritos de Daniel forman, por lo demás, parte de la traducción de los Setenta, y así existían notoriamente en el mundo desde cerca de trescientos años.” (*Estudios filosóficos*, tomo IV, pág. 250 de la 16.ª edición).